

SHAKESPEARE



EL MERCADER DE VENECIA

Drama en cinco actos

Milla



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

EL MERCADER DE VENECIA

Esta obra es propiedad de Luis Millá.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

EL MERCADER DE VENECIA

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

DE

WILLIAMS SHAKESPEARE

TRADUCCIÓN Y ARREGLO ESCÉNICO

DE

LUIS MILLÁ



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15

• 1915

PERSONAJES

PORCIA, rica heredera.

NERISA, doncella de Porcia.

JESICA, hija de Silok.

SILOK, judío.

ANTONIO, mercader de Venecia.

BASANIO, amigo de Antonio.

GRACIANO,

LORENZO, amante de Jesica.

EL DUX DE VENECIA.

EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS.

EL PRÍNCIPE DE ARAGÓN.

TUBAL, judío, amigo de Silok.

*Señores de Venecia, Empleados del Tribunal de
Justicia, Un carcelero, Criados.*

La escena en Venecia y en Belmonte.



ACTO PRIMERO

Una calle en Venecia.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, GRACIANO y LORENZO.

GRACIANO ¿Podremos saber, amigo Antonio, la causa de tu tristeza?

ANTONIO No sé... ¡ Ni yo mismo me lo acierto a explicar ! Estoy triste, y no sé porque estoy triste ; sólo sé que lo estoy, y eso es todo sin ser nada. Misterios del ser humano.

LORENZO A mi ver vuestra alma se halla al emba-
te de las olas del Océano, por donde na-
vegan vuestros grandes buques repletos
de riquísimos géneros. El temor de un
contratiempo en los negocios confiados
al mar, es inevitable.

GRACIANO Si en empresas tan arriesgadas hubiera
empeñado toda mi fortuna, no dormiría
tranquilo, ni durante el día gozaría de
una hora de sosiego. Me veríais a cada
momento consultando la dirección de los
vientos, temeroso de sus rápidas mudan-
zas en beneficio o peligro de mis carga-
mentos en navegación.

LORENZO A mí me estremecería soplar en la sopa
para enfriarla, pensando que un soplo de
viento puede causar estragos en el mar.
La vista de un reloj de arena haría recor-
darme los bancos de arena donde se atas-

can los buques. El ruido del arrastre de una silla lo creería un trueno precursor de fiera tempestad, y la chispa desprendida de la llama de un candil el rayo que ha de incendiar los buques en alta mar. Ahí es nada acostarse rico y amanecer sin un ducado por capricho del incierto e indómito poder del mar. No hay que dudarle; nuestro amigo Antonio se halla inquieto porque piensa en sus mercancías.

ANTONIO No, creedme, nada de eso. A Dios gracias no he expuesto la totalidad de mi fortuna ni en una sola especulación ni en un solo buque. Por más que la desgracia se cebara en mis negocios, no es de creer quedase arruinado: uno u otro de mis buques llegaría a puerto. No es el comercio la causa de mi tristeza.

GRACIANO En tal caso es que estás enamorado.

ANTONIO ¡Enamorado yo!

LORENZO ¡Porqué no! El amor es causa de muchas cosas en hombres y mujeres de todas clases y condiciones; que nadie escapar puede a las flechas del niño vendado, que vendado y todo, acierta en sus disparos, mucho más que los ballesteros con ojos bien abiertos.

ANTONIO El amor será causa de todo cuanto que-rais, sí, no lo pongo en duda, pero no es el amor la causa de mi tristeza, os lo aseguro.

LORENZO (Mirando hacia la izquierda.) Aquí se acerca el amigo Basanio; veamos si su amistad acierta a penetrar en tu corazón.

ESCENA II

Dichos y BASANIO.

BASANIO ¿De qué se trata, mis buenos amigos?

GRACIANO De la inexplicable tristeza de Antonio.

- LORENZO El niega que la causa sea amor.
- GRACIANO O sus intereses puestos a merced de las olas.
- BASANIO Todo ello puede contribuir en poco para amontonar un mucho.
- GRACIANO Cosas del mundo.
- ANTONIO ¡El mundo! ¡Bah! Yo tomo el mundo tal cual es: un gran teatro en el que cada cual tiene repartido su papel para la interminable representación: mi papel es estar triste.
- GRACIANO De loco sea el mío, y me daré por muy satisfecho. Vengan a sorprenderme los cabellos blancos de la vejez en medio de las carcajadas, los juegos, los licores y el amor. Prefiero la locura a sentirme el corazón helado por la indiferencia de la vida. ¿Creéis posible que un hombre de carne y hueso pueda permanecer tieso como la estatua de mármol del abuelo Sócrates? ¿De qué aprovecha vivir en-simismado sufriendo histeria de pura tristeza? El mundo ofrece tristezas y brinda placeres. Venga lo segundo y cargue el diablo con lo primero, para descargarlo donde quiera, menos en mi casa. Antonio, más que amigo, hermano; te hablo por la sincera amistad que te profesó: hombres hay cuyo rostro cúbrele una costra como el agua corrompida de los estanques, que se encierran en una obstinada inmovilidad para ostentar fama de gravedad y sabiduría, y que parecen decir con su mutismo: «Yo soy el oráculo. Nadie marque opinión hasta que yo despliegue los labios.» ¡Ay, querido Antonio! A cuantos de esos hombres conozco que su fama de sabio es debida solo a su silencio. Seguro estoy de que muchas personas se descubrirían ellas mismas al proferir media docena de palabras seguidas. En otra ocasión continuaré mi dis-

- curso. De momento me concretaré a decirte que si famoso quieres ser, no busques la fama en la melancolía del silencio. Vamos, Lorenzo. Adiós, amigos; después de cenar continuaré mi sermón.
- LORENZO Sí, sí, vamos: así no atormentarás a Antonio con tu charla, y a mí me convertirás en sabio con el jugo de tus peroraciones.
- ANTONIO Hasta la noche, amigos.
- LORENZO Hasta la noche. (Vanse Graciano y Lorenzo.)

ESCENA III

ANTONIO y BASANIO.

- ANTONIO ¡Cuánta palabra vacía de sentido!
- BASANIO Para charla sobre asuntos sin importancia en toda Venecia no hay otro como el amigo Graciano. Lo más sólido de su conversación es como un grano de trigo en un saco de salvado: pasáis todo el día buscándolo, y al hallarlo veréis que no valía la pena tanto trabajo.
- ANTONIO Justo es el simil. Mas pasemos a otro asunto. ¿Qué dama es esa de la que estás secretamente enamorado?
- BASANIO ¿Cómo sabes?...
- ANTONIO Recuerda que nuestra amistad no admite secretos: algo sé, pero deseo saberlo todo.
- BASANIO Y todo vas a saberlo. No ignoras que aparentando en el mundo una posición que no podía sostener mucho tiempo he disipado casi toda mi fortuna, y preciso es poner coto a mi modo de ser pródigo en demasía. Mi único anhelo es satisfacer honrosamente las deudas que tengo contraídas por mi desordenada conducta. A ti te debo tanto dinero como amistad, y nuestra amistad es mucha, y pre-

cisamente en esa amistad apoyo la confianza que me impulsa para confiarte los planes que he formado para satisfacer todas mis deudas y ser hombre bien diferente del que hasta ahora he sido.

ANTONIO Te suplico, querido Basanio, seas explícito en todo, y si como creo no te apartas de la senda del honor, ten por cosa bien segura que mi bolsillo y mi persona hallarás siempre a tu disposición.

BASANIO De niño, en mis juegos, al perder una flecha disparaba seguidamente otra en la misma dirección, pero siguiendo con mucha más atención su vuelo para encontrar la primera. Cierto es que me exponía a perder una y otra, pero casi siempre encontré las dos. Pongo este ejemplo de mi infancia porque quiero hablar con el lenguaje del candor.

ANTONIO Así lo deseo, Basanio.

BASANIO Mucho te debo, Antonio, y lo que te debo está perdido; pero si quieres aventurar la segunda flecha en la misma dirección que se perdió la primera, seguro estoy de recobrar las dos, sin dejar por eso de ser tu deudor de agradecimiento por todos los días de mi vida.

ANTONIO Escuchándote estoy, y paréceme mentira que conociéndome tan a fondo pierdas el tiempo dando vueltas en torno de mi amistad con figuras retóricas y precauciones oratorias. Dime sin rodeos lo que crees puedo hacer, y del dicho pasaremos al hecho, pues estoy dispuesto a todo.

BASANIO Gracias, mi buen amigo. (Abrazándole.) Pues bien: en Belmonte vive una riquísima heredera de espléndida belleza y de las más raras virtudes. Ha tiempo que de sus ojos recibo amorosos mensajes. Su nombre es Porcia, y no es menos digna de admirar que la misma hija de Catón, la Porcia de Bruto. Nada tiene de

extraño que de las cuatro partes del mundo le lluevan pretendientes.

ANTONIO ¡Si tanta es su belleza, riqueza y virtud!...

BASANIO Lo imponderable. Su morada de Belmonte resulta un nuevo Colcos, a donde numerosos Jasones llegan ambicionando su conquista. ¡Ay, amigo mío! Si contase con los medios precisos para disputarla a esos rivales, abrigo la completa esperanza de que saldría vencedor.

ANTONIO No debes ignorar que en estos momentos tengo todas mis riquezas en el mar, mis negocios esta vez son algo atrevidos, por cuya causa me encuentro sin dinero para proporcionarte una cantidad crecida. Así y todo, calcula cual es mi crédito en Venecia y dispón de él para presentarte dignamente en Belmonte pretendiendo la encantadora Porcia. Busca por tu parte, como yo lo haré por la mía, donde podremos encontrar dinero; no dudo que lo encontraremos, ya sea por mi crédito, o por amistad, o por las dos cosas a la vez.

BASANIO ¡Oh, casualidad! Aquí se acerca Silok, el judío. Si él quisiera y tú no te opones...

ANTONIO Comprendo. Por mi parte no habrá oposición ninguna. Trata tú con él, y cuando mi presencia sea precisa hazme seña y me presentaré. (Señalando el último término de la derecha.)

BASANIO A él me dirijo y en cortas palabras entablo la negociación.

ANTONIO Hazlo así, y allí aguardo.

ESCENA IV

BASANIO y SILOK, por primer término izquierda.

SILOK (¡ Uno que retrocede y otro que avanza!
¿Qué será esto?)

- BASANIO Dios os guarde, señor Silok.
SILOK De salud gocemos, señor Basanio.
BASANIO De negocios quisiera hablaros.
SILOK ¿De negocios? Sed rápido y conciso.
BASANIO ¿Me prestaréis tres mil ducados?
SILOK ¿Tres mil, decís?
BASANIO Sí. Por tres meses.
SILOK ¿Por tres meses?
BASANIO Justos y precisos.
SILOK Bien. ¿Y garantía?
BASANIO Un recibo de Antonio.
SILOK ¿Un recibo de Antonio? (Pausa.)
BASANIO ¿Qué contestáis?
SILOK Dejadme juntar las condiciones. Tres mil ducados... Plazo: tres meses... Un recibo de Antonio...
BASANIO ¿Dudáis en algún punto?
SILOK No, por cierto; no, por cierto. Antonio es garantía, garantía, pero...
BASANIO ¿Hay pero?...
SILOK Antonio es garantía, pero en estos momentos su fortuna está algo expuesta. Tiene un buque con rumbo a la India, otro para Trípoli, otro para Inglaterra y otro en Méjico.
BASANIO Ya véis su comercio.
SILOK Comercio, sí; pero los buques son tablas a merced de las olas. El mar tiene peñascos, bancos de arena, abismos... A más, si en tierra no faltan ladrones, en el mar sobran piratas... Así y todo, Antonio ofrece buena garantía... Tres mil ducados... Sí; creo... Me parece que podré sacaros de apuros... ¿Será fácil hablar con Antonio?
BASANIO Facilísimo. ¿Queréis comer con nosotros?
SILOK ¿Con vosotros? ¿Sentir el olor del cerdo para entrar en la mansión donde el nazareno, vuestro profeta, instaló en otros tiempos al diablo con sus conjuros?... ¡Oh, no, no!... (Basanio hace señas a Antonio)

para que se acerque.) Con vosotros puedo comprar, vender, prestar, negociar, entablar conversación, pasearnos; en una palabra, todo lo que se quiera, menos comer, beber y rezar. Eso no, no, de ninguna manera. ¿Comprendéis?

BASANIO Comprendo.

SILOK ¡Qué veo! ¿No es Antonio el que se acerca?

BASANIO Antonio es. Con vuestro permiso voy a hablarle del asunto.

SILOK Sí: es mejor que vos toméis la palabra por adelantado. (Basanio habla bajo con Antonio durante el soliloquio de Silok.)

SILOK ¡Cuán parecido es a un hipócrita publicano! Mucho le odio porque es cristiano, pero más le odio todavía porque es un estúpido que presta dinero sin mirar el interés, siendo esto la causa de que baje la tasa del préstamo en Venecia. ¡Ah! ¡si mi suerte quiere que algun día caigas al alcance de mi mano, descargaré sobre tu alma todo el odio que la mía oculta! Hace desprecio en público de nuestra religión. En los lugares de reunión de los comerciantes se mofa de mi comercio y de mis legítimas ganancias, que califica de usura... ¡Oh! ¡Si alguna vez llego a perdonarle, la maldición caiga sobre mi tribu israelita!

BASANIO ¿Qué nos decís, Silok?

SILOK Estoy calculando que los fondos que tengo disponibles no llegan a la suma de tres mil ducados... Sin embargo, el rico israelita Tubal me ayudará en el préstamo.

ANTONIO Que el diablo os ayude, Silok, nada nos importa. No ignoráis que no es costumbre mía prestar ni tomar prestado al más mínimo interés; pero se trata de servir a un amigo mío, y rompo la cos-

tumbre y paso por todo, en gracia a la brevedad.

SILOK Decís tres meses... Tres mil ducados...
Un recibo vuestro...

ANTONIO Sí, todo eso ha dicho mi amigo, todo eso sostengo yo.

SILOK Conforme, conforme... Pero también habéis dicho que no teníais por costumbre prestar ni pedir prestado a interés ninguno.

ANTONIO Así es en efecto.

SILOK Cuando Jacob, tercer descendiente de nuestro santo Abraham, llevaba a pacer las ovejas de su tío Laban, ¿sabéis lo que hacía?

ANTONIO ¿Prestaba a interés?

SILOK No, no prestaba a interés como vos lo entendéis. Tenía convenido con Laban que en vez de salario le diera todos cuantos corderos nacieran en sus rebaños con manchas en el vellón. Y el astuto pastor, ¿sabéis lo que hacía a fines de otoño, llegada la época de procreación de las lanudas?

ANTONIO No sé...

SILOK Pues ponía cortezas de árboles delante de los ojos de las ovejas, y de este modo lograba que todos los corderos nacieran con la piel manchada, perteneciéndole por derecho de trato convenido. Este ardid le resultó muy ganancioso, y Jacob fué bendecido por su justo lucro, pues el lucro, cuando es legítimo, es un don del cielo. ¿Qué os parece?

ANTONIO Paréceme que el amigo Jacob aventuraba sus servicios por una ganancia incierta, puesto que no a su ardid, sino al poder de Dios, se debía todo. Y decidme: ¿esd se ha escrito para hacer la apología de la usura? ¿Vuestras monedas de oro y plata son ovejas y carneros?

SILOK Lo ignoro: pero el caso es que yo pro-

curo que mi dinero se multiplique de un modo u otro.

ANTONIO Ya lo vés, amigo Basanio, hasta el mismo diablo, en caso de apuro, puede apoyarse en el texto de la Sagrada Escritura. Un alma, la más perversa, que busca manera de autorizarse con el testimonio de los Libros Santos, es un malvado con la sonrisa en los labios. (Movimiento de Silok.) Y si no lo queréis tan fuerte, diré: una hermosa manzana por fuera y podrida por dentro. La falsedad bien sabe adornarse con bellas apariencias.

SILOK El caso es que tres mil ducados es una respetable suma... Y três meses... Al doce por ciento... ¡A cuánto asciende el interés !...

BASANIO ¿Vais o no a servirme, señor Silok?

SILOK Más de mil veces, señor Antonio, en el Rialto habéis echado discursos sobre mis préstamos e intereses que exijo. Siempre he soportado vuestros ultrajes con la paciencia propia de mi raza. Me habéis calificado de *impio*, me habéis llamado *perro maldito* y habéis escupido mi túnica de judío. Hoy puedo seros útil, venís a mí y me decís: «Necesito dinero, Silok.» En estos momentos no me cabe el derecho de contestar: «¿Acaso tienen dinero los perros?» ¿Es que creéis que he de bajar la cabeza y contestar humildemente: «Mi nobilísimo señor y amo: escupisteis sobre mí, me descargasteis un puntapié, me llamasteis perro, pero yo, agradecido de vuestra cortesía voy a prestaros el dinero que deseais?»

ANTONIO Pudiera muy bien ser que repitiese los mismos epítetos, escupinazó y puntapié. Si quieres prestarnos ese dinero que pedimos, préstalo, pero no como amigo, sino como enemigo el más encarnizado. Cuanto más comprendas que lo necesita-

mos, más podrás exigírnos por gozar en nuestro castigo.

SILOK Hacéis mal en enfadaros conmigo. Yo quisiera ser amigo vuestro, alcanzar vuestro afecto, poder borrar de mi memoria todas cuantas veces me habéis humillado y seros útil sin exigir ningún interés, y sin embargo os negáis a oír mis justas quejas. ¿Mi oferta merece desprecio?

ANTONIO No por cierto, digna es de agradecimiento.*

SILOK Bien va. Y para daros prueba del deseo que tengo de serviros, venid conmigo a casa del notario para firmar la escritura de préstamo. ¿Os parece bien?

ANTONIO Perfectamente.

SILOK (Con forzada sonrisa.) Permitid... En este asunto quisiera... desearía el cumplimiento de un capricho... una broma, eso, una broma.

ANTONIO ¿Qué es ello?

SILOK Me complacería que en la escritura constase la cláusula de que si en tal día, lugar y hora determinada no se efectúa el pago, quedaréis comprometido a perder una libra de carne que yo podré cortar de la parte de vuestro cuerpo que se me antoje escoger. Ya lo he dicho, un capricho, una broma.

ANTONIO Consiento en ello sin vacilación de ninguna clase, y después de firmar diré que el judío me resulta muy complaciente.

BASANIO No, no puedo consentir que se firme esa cláusula. Prefiero no obtener el dinero.

ANTONIO Nada temas, amigo mío; no me alcanzará tal condición. Un mes antes del vencimiento de pago tendré caudal de sobra para pagar nueve veces mayor cantidad.

SILOK ¡Oh dios de Abraham! ¡Cuánta desconfianza se anida en el pecho de los cristianos! ¡Qué ganaría yo no cobrando al

vencer el plazo? Una libra de carne de hombre no es tan provechosa como lo es la de vaca o carnero. Al hacer esta oferta de afecto es solo con el objeto de granjearme su amistad. Si aceptais, bueno: si no aceptais, bueno también. Os suplico que no veáis mala intención en mis amistosas proposiciones.

ANTONIO
SILOK

Sí, hombre, sí, firmaré el recibo. En tal caso voy a casa a buscar el dinero. Esperadme en la del notario, e instruidle sobre la chistosa cláusula. ¿Os parece bien?

ANTONIO
SILOK

Bien nos parecerá si no tardáis. Al instante soy con vosotros. (Vase por la derecha.)

ANTONIO

He ahí un judío que se va humanizando; quizá algún día haremos de él un buen cristiano.

BASANIO

Poco me satisfacen las dulces palabras en los labios de un miserable.

ANTONIO

¡Bah! Sea como sea, nada hay que temer. Mis buques llegarán a puerto un mes antes de vencer el plazo. (Vanse por la izquierda.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Calle corta. En la izquierda, casa del judío Silok, con puerta y ventana practicable. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO y GRACIANO.

GRACIANO Este es el sitio donde ha dicho Lorenzo que le esperemos.

ANTONIO Pronto ha transcurrido la hora.

GRACIANO Es raro que no se halle aquí, pues los enamorados se adelantan al reloj.

ANTONIO Las aves de Venus suelen volar diez veces más rápidas cuando extienden las alas para formar nuevos lazos, que cuando han de mostrar fidelidad a antiguas promesas de amor.

GRACIANO Cosas del mundo. Siempre se despliega más ardor en la pretensión que en el goce.

ANTONIO Aquí llega el amigo y enamorado Lorenzo. En rigor no se hizo esperar.

ESCENA II

Los mismos y LORENZO. Después JESICA.

LORENZO Perdonad mi involuntaria tardanza. Si algún día se os antojare robar doncellas o casadas, prometo hacer centinela por vosotros con sumo gusto.

ANTONIO En muchos casos el ladrón resulta el robado.

LORENZO ¡Ay, amigos! Jesica, la hija del judío, es hermosa, y robada o robado ya poco me importa, con tal de verme en sus brazos. Esa es su casa y este el momento propio del lance, que las sombras de la noche protegen y vuestra amistad ampara.

GRACIANO Animo, pues, que a toda dificultad estamos prontos. (Desenvainan la espada y se retiran un poco. Lorenzo da tres palmadas. Pequeña pausa. Jesica se asoma a la ventana.)

JESICA ¿Quién llama?

LORENZO Soy yo, hermosa Jesica.

JESICA Creo conocer la voz, pero no distingo el cuerpo. Volvedme a hablar.

LORENZO Mil y mil veces pronunciaré la misma palabra: «hermosa». Añadiendo: es tu Lorenzo, el dueño de tu corazón el que tienes al pie de tu ventana, ansioso de que la luz de tus ojos iluminen nuestros pasos por las calles de Venecia.

JESICA Ahora sí que bien te conozco, Lorenzo: solo dudo de la verdad de tus palabras.

LORENZO Para que de ellas no dudes, vengo a buscar, deseoso de convertir en hechos todas mis promesas de amor.

JESICA Toma esta arquilla y espera un momento, que me dore con unos cuantos escudos más. Bajo al instante. (Se retira de la ventana.)

GRACIANO ¡Vive Dios, que la moza resulta muy graciosa para hija de un judío!

ANTONIO Graciosísima como nunca llegué a pensar. Y que os ama de veras.

LORENZO De la sinceridad de su amor tengo pruebas, y yo también la adoro con todo mi corazón.

GRACIANO ¿Hasta cuándo?

LORENZO Hasta siempre. Creedme, amigos, el

amor es el rey del mundo ; no hay más remedio que declararnos sus vasallos.

ESCENA III

Los mismos y JESICA, por la casa.

JESICA Aquí estoy ya. (Reparando en Antonio y Graciano.) ¡ Eh ! ¿ Quiénes son estos señores ?

LORENZO Nada receles ; son dos buenos amigos que nos acompañarán esta noche de carnaval, en la que la alegría debe guiar nuestros pasos.

JESICA Sin embargo...

GRACIANO Nada temais, hermosa ; somos la misma discreción.

ANTONIO Garantizamos la formalidad.

GRACIANO Y sobre todo, hoy por ti y mañana... Dios dirá.

LORENZO ¡ El brazo, y a la mascarada ! (Vanse todos.)

CUADRO II

Sala rica en casa de Porcia.

ESCENA PRIMERA

PORCIA en un diván, a la izquierda, y NERISA en pie junto a ella.

PORCIA ¡ Ay, Nerisa, la vida me pesa !

NERISA Mucho más os pesara, señora, si vuestras penas fueran tantas como lo son vuestros triunfos. Mas por lo que voy comprendiendo de la vida, los que abun-

dan de toda satisfacción se hallan tan enfermizos como los que de nada pueden gozar en el mundo. De ello deduzco que soló en la medianía existe alguna felicidad, y que más tiempo se vive cuando ni falta ni sobra nada.

PORCIA ¡Magníficas sentencias son las tuyas, Nerisa!

NERISA Y mucho más lo serían si fuesen observadas.

PORCIA Si tan fácil fuera obrar bien como saber lo que es mejor, no dudes que las capillas fueran suntuosas iglesias y las casas de los pobres ricos palacios de príncipes. El que sigue sus propios conceptos es el buen predicador. Por lo que a mí atañe, confiéscote que seríame más fácil aconsejar a cien personas, que ser una de ellas dispuesta a observar mis propios preceptos. Esposo he de elegir, y entre todos mis pretendientes no puedo decidirme por el que más me gusta, ni tampoco desdeñar puedo al que más me agrada. He aquí la causa de mis tristezas en medio de mis felicidades, y he aquí también el motivo del desorden de mis pensamientos en el querer y no poder de mi poderío en el querer. ¿Comprendes mi situación, Nerisa?

NERISA Comprendo vuestros pensamientos, señora, y el porque así razonais.

PORCIA La imposición de mi padre al dejarme dueña de inmensa fortuna, con la condición de no poder elegir marido sino bajo la lotería de las tres arquillas, una de oro, otra de plata y otra de plomo, me tiene en gran desasosiego.

NERISA Vuestro virtuoso padre, no cabe duda, que al morir solo anhelaba vuestra felicidad. (Señalando tres arquillas de oro, plata y plomo distintamente, que se hallan en una mesa del centro de la escena.) En una de esas tres archi-

llas se halla vuestra dicha de esposa ; el que sabrá elegirla será digno de vuestro amor bajo todos conceptos. Yo así lo creo, así lo espero y así será por la inspiración de vuestro difunto señor padre. Ahora solo cabe formular una pregunta, si la señora me la permite.

PORCIA Confianza tienes para hacerla.

NERISA Pregunto, pues : ¿A qué grado de amor se eleva por uno u otro de los pretendientes presentados?

PORCIA Nómbralos, y por mi descripción podrás juzgar tu misma.

NERISA Primero : el príncipe napolitano.

PORCIA Un verdadero caballo, puesto que no habla más que de los raros méritos de su regio corcel.

NERISA Segundo : ¿Y el conde paladino?

PORCIA Me asusta su fruncido ceño. Los chistes más ingeniosos no logran arrancarle una ligera sonrisa. Ese, si llega a viejo, será un insoportable filósofo. Preferiría para marido una calavera con la boca cerrada por garfios de hierro.

NERISA ¿Qué os parece entonces el caballero francés Mr. Lebon?

PORCIA Pecado es burlarse del prójimo, bien lo sé, pero en él hallo reunidos al príncipe y al conde, aumentando sus defectos.

NERISA ¿Y el joven barón inglés Faulconbridge?

PORCIA Es un ser de lo más raro que he visto, hasta en su manera de vestir. Parece que ha comprado la ropilla en Francia, los calzones en Italia, la gorra en Alemania, las armas en España y sus modales en todos los países del mundo.

NERISA Veamos entonces el fornido alemán, sobrino del duque de Sajonia.

PORCIA Me repugna por la mañana cuando se halla en ayunas, pero mucho más por la noche cuando ha bebido. En sus buenos momentos es algo menos que un

- hombre, y en los malos, poco más que un irracional. Suceda lo que suceda, confío encontrar medio de deshacerme de él.
- NERISA Sin embargo, si por terquedad se empeña en probar fortuna y acierta en la elección, no podríais desvirtuar las últimas disposiciones de vuestro señor padre.
- PORCIA Para que esa desgracia no suceda, pondrás sobre una de las arquillas reprobadas un gran vaso de vino del Rhin, y tú verás como ello le hará caer en la tentación. Antes que dar mi mano a un hombre grosero, determinada estoy a vivir soltera toda la vida.
- NERISA Nada temáis, señora, pues todos esos caballeros me han prometido no volver a importunaros con sus amores hasta conocer vuestra espontánea decisión.
- PORCIA Mi decisión está en la arquilla ideada por mi padre cumpliendo yo como buena hija.
- NERISA Habéis echado en olvido a un agraciado y galán veneciano, que se presentó aquí en vida de vuestro señor padre, acompañado del marqués de Monferrato?
- PORCIA Bien lo recuerdo. Basanió se llamaba, ¿no es así?
- NERISA Así es. Y por cierto que de todos cuantos hombres mis pobres ojos han visto, parecióme el más digno de...
- PORCIA (Con cierta emoción de rubor.) No prosigas, Nerisa, y ve a ver qué rumor es ese que hasta aquí llega. (Nerisa va al fondo.) Sin duda ello es que continúa el sorteo de mis pretendientes.
- NERISA El Príncipe de Marruecos y su lucido séquito.

ESCENA II

Las mismas y el PRÍNCIPE DE MARRUECOS, con gran séquito de pajes, que se quedan en el fondo.

PORCIA Retírate, Nerisa, y a la salida de uno anuncia la entrada de otro que le preceda como pretendiente.

P. DE M. Hermosísima Porcia, no os asuste el color de mi rostro, pues es la librea del sol abrasador de mi país. Venga un hermoso hijo del Norte, donde los rayos de Febo pocas veces llegan a derritir el hielo de los montes, ábranse nuestras venas y véase si su sangre es más roja que la mía. Sin que esto sea alabanza, puedo decir que mi cara ha hecho estremecer a los más valientes y suspirar a las más nobles damas de mi clima; pero así y todo, sólo ambiciono renunciar a su amor para obtener un lugar en vuestro corazón, reina mía.

PORCIA En la elección que para decidir marido debe efectuarse, no me guiará en manera alguna lo que halaga a los ojos de una joven. Esa lotería de las arquillas, me veda el derecho de hacer una elección voluntaria; a no ser así, noble príncipe, me hubierais parecido tan digno de amor como cualquiera de todos mis pretendientes.

P. DE M. Os doy las gracias por vuestra fineza. Juro, por este alfange, que logró arrancar la vida del Sofí, y supo ganar tres batallas al sultán Solimán, que mis fervientes deseos en estos momentos no son otros que el logro de vuestro amor, aun a costa de arrancar los pequeñuelos a una osa cuando los alimenta en sus pechos, o poniendo a prueba mi valor, batiéndome cuerpo a cuerpo con un furio-

so león hambriento. No hay peligro humano que me espante, y sin embargo tiemblo ante la sola idea de perder lo que otro menos digno que yo pueda ganar.

PORCIA Forzoso es probar fortuna. (Mostrando las tres arquillas.) Aquí están las tres arquillas. Elegid.

P. DE M. La primera es de oro, y su inscripción dice: «Quien me elija tendrá lo que muchos hombres desean.» La segunda es de plata y en ella se lee: «Quien me elija tendrá lo que merece.» La tercera de tosco plomo, dice: «Quien me elija deberá dar o arriesgar todo lo que posee.»

PORCIA Una de ellas contiene mi retrato, si la acertáis, vuestra seré, según el mandato de mi padre.

P. DE M. Dejadme meditar. (Poniendo la mano sobre la tercera.) ¿Arriesgarlo todo por plomo? Esta inscripción es una amenaza. Los que arriesgan todo lo que poseen, lo hacen con la esperanza de grandes beneficios. Las almas de oro no se fijan en las apariencias del vil metal. No quiero intentar nada por plomo. Desechemos esta arquilla y vamos a la de plata. (Lee en ella.) «Quien me elija tendrá lo que merece.» Si he de juzgarme yo mismo, ¿no merezco a Porcia por mi cuna, riqueza y figura? Creo que sí. ¡Pero si la merezco es seguramente por lo mucho que la amo! Tentado estoy por elegir esta arquilla. (Poniendo la mano sobre la arquilla de plata.) PERO esta otra de oro dícame: «Quien me elija tendrá lo que muchos hombres desean.» Los pretendientes muchos son, y yo uno de esos muchos. El retrato de vuestra hermosura debe ostentar marco de oro. Dadme la llavecilla; elijo la de oro, sea cual sea mi suerte. (Porcia le entrega la llave. El Príncipe abre el cofrecillo de oro y aparece en él una calavera.) ¡Eh! ¿Qué es

esto? ¡ Un cráneo, y en la cavidad de sus ojos un papel! Veamos qué dice. (Lee:) «Más de un hombre ha sacrificado su vida por gozar solo de mi vista.»

«Ya habrás oído decir que no es oro todo lo que reluce.»

«Los sepulcros dorados encierran gusanos.»

«Si hubieras sido tan prudente como resuelto, juventud de cuerpo y vejez de alma, no hubiera sido tu respuesta este papel.»

«¡ Aléjate! No estuviste acertado en la elección.»

(Hablado.) Efectivamente, no acerté. Fallaron mis esperanzas de amor. (Ligera pausa.) Porcia, adiós. No quiero cansaros con larga y dolorosa despedida. Adiós. Así se retiran los que todo lo han perdido. (Saluda y vase.)

ESCENA III

PORCIA y NERISA. Seguidamente el PRÍNCIPE DE ARAGÓN con su servidumbre.

PORCIA Por fin me veo libre de su orgullo de hombre y riquezas, que para nada necesito. Quiera Dios que no elijan mejor todos los que tienen el rostro de color.

NERISA El nobilísimo Príncipe de Aragón.

PORCIA Bien venido sea.

P. DE A. Precisa, señora, ser conciso para ahorraros toda clase de fatiga. Al presentarme como pretendiente, sé que estoy obligado a no decir a nadie el cofrecillo de mi elección, a no hablar de matrimonio a mujer alguna, si es que yerro, y a alejarme prontamente de esta vuestra casa.

PORCIA Esas tres condiciones son las impuestas.

P. DE A. Y por mí aceptadas en todo. ¿Las arquillas?

PORCIA Estas son.

P. DE A. ¡Oro, plata y plomo! Fortuna, en tu mano pongo todas mis esperanzas! Dice el cofrecillo de plomo: «Quien me elija deberá dar todo lo que posea.» Poco es lo que yo daré por una arquilla de plomo, y tan poco, que nada doy por ella. Pasemos a la de oro: «Quien me elija tendrá lo que muchos hombres desean.» Estas palabras bien pueden aplicarse a esa insensata turba que juzga solo por las apariencias, que no ve más de lo que le presenta su mirada alucinada, que no se preocupa de penetrar en el interior de las cosas. ¡Oh! no quiero en modo alguno fijar mi elección en lo que «muchos hombres desean», pues no es mi idea seguir el camino de las almas vulgares y confundirme entre la ignorante multitud. Venga la arquilla de plata con su lama de: «Quien me elija tendrá lo que desea», pues nadie debe intentar engañar a la fortuna ni elevarse no llevando en el mundo el sello del verdadero mérito. Nadie aspire a los honores que no se haya hecho digno. Dadme la llave del cofrecillo de plata, y sépase al instante mi suerte.

PORCIA (Le entrega la llavecilla.) Mucho habéis vacilado para alcanzar fortuna.

P. DE A. (Abre la arquilla.) ¡Qué veo! ¡El retrato de un idiota guiñándome un ojo y presentándome un escrito! - Veamos qué me dice en él. (Lee:) «Siete veces ha probado el fuego el metal, y otras tantas ha de ponerse también a prueba el juicio que nunca ha errado.»

«Hay muchos hombres que solo abrazan las sombras, y solo alcanzan la impalpable sombra de la felicidad.»

«Sé que en el mundo hay necios con solo el exterior de plata; juzga tú mismo si eres uno de ellos.»

«Adiós: buen viaje: cuánto más tiempo permanezcas aquí, más en el ridículo caerás.» (Cierra la caja.)

Porcia, cumpliré mi juramento y sobre llevaré con resignación mi triste destino. Quedad con Dios.

PORCIA

El guíe vuestros pasos. (Vase el Príncipe de Aragón y su servidumbre.) El moscardón se quemó las alas en la llama. ¡Cuánto reflexionan los necios! Cuando por fin se determinan a hacer una elección apenas les queda suficiente criterio para equivocarse.

ESCENA IV

PORCIA y NERISA. En seguida BASANIO, con varios pajes que se quedan en el fondo.

NERISA Señora, mensajera del tercer pretendiente soy, y al saber quién es, con seguridad no dejaréis de alegraros.

PORCIA El corazón me dice que Basanio es. ¿Acierto?

NERISA No os engañó el corazón: acertasteis. Miradle, aquí llega.

BASANIO Porcia, mi bien, mi dicha, mi ilusión; en busca de mi suerte vengo, sea cual ella fuere, con inspiración de amor.

PORCIA No os precipitéis, pues eligiendo mal tendría que renunciar a veros más, y ese sería el más grande de todos los dolores de mi corazón. Una doncella no posee más lenguaje que el de su pensamiento. Temerosa de perderos, quisiera reteneros aquí todo el tiempo posible antes de aventurar la elección de arquilla de la que depende nuestra dicha. Yo podría

indicaros los medios de salir afortunado en la prueba, pero entonces sería perjurá, y eso no lo seré jamás. Vuestros ojos se han adueñado de mí, y han dividido mi ser en dos partes: una vuestra y la otra vuestra también, pues siendo mía, vuestra es, aunque no lo quiera, y queriéndolo, mucho más aun. Si en mis labios existe la mentira, ábrase el infierno para todas mis riquezas, pero no para mí. ¡Oh, qué locura la mía! Hablo por hablar, para burlar al tiempo, para gozar de vuestra presencia, para entretener mis pensamientos, para retardar la elección, la elección de arquilla inventada por mi padre.

BASANIO Dejádme elegir para poner fin a mi tormento.

PORCIA ¡Vuestro tormento decís! ¡Y el mío! En estos momentos a nada es comparable. ¡Yo quiero contenerlo y vos queréis precipitarlo! ¡Ah! mucho temo que seais uno de esos hombres que al verse vencidos por los dolores del tormento, confiesan todo lo que de ellos se quiere.

BASANIO A amar y confesar mi amor se reducirá mi total confesión. ¡Venturoso tormento! El tirano que me está torturando dícame que precisa contestar para salvarme. ¡Oh, por los santos cielos! Dejádme probar fortuna entre esos cofrecillos.

PORCIA Sea, y Dios os inspire. Leed sus inscripciones. Uno de ellos me contiene... Los otros... no quiero ni pensarlo, pues su contenido sé y nada puedo decir.

BASANIO (Que ha leído las inscripciones.) ¿Oro? Rey del mundo y de los crímenes, tú puedes dar riquezas, pero no felicidades. ¿Plata? Pálido metal, vil mediador entre los hombres. (Va apartando las arquillas.) ¿Plomo? Pobre plomo, que más que prome-

ter amenazas, la elocuencia de tu sencillez me convence. Amor me inspira. Te elijo. Venga la llave. (Porcia se la entrega.)
(¡Oh! ¡La alegría me corta la respiración! La dicha también mata.)

PORCIA

BASANIO

(Abre el cofrecillo.) ¡Oh, felicidad! ¡El retrato de mi divina Porcia! ¡Se mueven sus ojos! ¡Sus miradas buscan las mías! ¡Sus labios se entreabren como para hablar! ¿Qué semidiós te ha hecho tan parecida a la realidad? Mis elogios son inferiores a lo que merece la obra del artista. ¿Un papel? Sin duda contiene el fallo de mi destino. (Lee:) «Tú, que no elegiste juzgando por las apariencias, eres el afortunado: conténtate con tu ventura y no busques otra.» «Si consideras tu elección como verdadera dicha, dirígete a la señora de tus pensamientos y reclámale el primer beso.» ¡Hermosa Porcia!...

PORCIA

Esta es mi mano. (La besa.) Tuya es. Mi persona, mis bienes, todo te pertenece. Más hermosa y más rica quisiera ser para ofrecerte más. Nerisa: haz que se presente mi servidumbre toda para que reconozcan desde este momento a Basanio como a mi señor y dueño. (Vase Nerisa, apareciendo a poco con la servidumbre de la casa, que cubre todo el foro.)

BASANIO

¡Porcia adorada!...

PORCIA

Tal como me ves, soy. En mí no hallarás nunca fingimiento de amor. De mis numerosos pretendientes supiste elegir la arquilla que mi padre designó para obtener esposo: ni él se equivocó, ni creo haberme equivocado yo, si he de creer la voz de mi corazón.

BASANIO

También ese es mi creer. (Se presenta la servidumbre y Nerisa.)

PORCIA

Estos son tus criados. Este es vuestro amo desde hoy. (Todos se inclinan.) Amado

Basanio : todo te lo doy con este anillo.
(Le entrega uno.) No te separes nunca de él. Si lo pierdes o lo das, sería el presagio de la ruina de nuestro amor.

BASANIO Cuando este precioso anillo se separe de mí, de mi cuerpo se habrá separado el alma. Por Basanio podrás rezar, pues será prueba segura de que habré dejado de existir.

PORCIA Así lo creo. (A los criados.) Podéis retiraros. (Lo hacen silenciosamente.)

NERISA Señora.

PORCIA ¿Qué deseas Nerisa?

NERISA Ya que todo son felicidades, ¿podría atreverme a realizar la mía en sentido parecido a la vuestra?

PORCIA No te comprendo, Nerisa.

NERISA Que yo también amo y soy correspondida.

PORCIA ¡Cómo es eso!

NERISA Sí, y amigo del señor es mi pretendiente.

BASANIO ¿Amigo mío, dices?

NERISA Sí, por cierto.

BASANIO ¿Y llámase él?...

NERISA Graciano.

BASANIO ¡Es posible! ¡Graciano!

ESCENA V

Los mismos y GRACIANO.

GRACIANO Aquí estoy. Esperaba ser llamado para presentarme, y puesto que se me nombra... (A Porcia, inclinándose.) Hermosa señora, os deseo toda suerte de felicidades como para mí las ambiciono al unirme con Nerisa.

PORCIA Mil gracias os doy.

BASANIO ¡Pero es posible, amigo mío!

GRACIANO Ya lo véis. Tiempo hacía que esperába-

mos ocasión propicia, y vos mismo me la habéis proporcionado. Si vos habéis visto a la señora, yo he visto a su doncella. Si habéis amado, también he amado yo, e igual que vos dispuesto estoy a no retardar mi dicha. Se me tildaba de loco y charlatán, pero todo ello era para distraer penalidades.

BASANIO ¡Cómo es eso!

GRACIANO Vuestras esperanzas se hallaban en esos cofrecillos, y las mías también, pues mi bella Nerisa me había prometido concederme su amor si vos teníais la dicha de conseguir a su señora. Seguí vuestros pasos ocultamente, y ya sabéis lo sucedido.

PORCIA ¿Es cierto, Nerisa?

NERISA Ciertísimo. Y si me otorgáis vuestro beneplácito...

BASANIO ¿Pero habláis con sinceridad, Graciano?

GRACIANO Con el alma en los labios.

BASANIO Siendo así, vuestra unión aumentará en gran manera las fiestas de nuestras bodas.

PORCIA Todo ello es felicidad.

GRACIANO (A Nerisa.) ¿Apostamos con ellos cien ducados a quien tendrá antes fruto de bendición?

NERISA No continúes siendo loco.

GRACIANO El juicio me hace perder tanta dicha.

ESCENA VI

Los mismos, LORENZO y JESICA, acompañados de un CRIADO.

PORCIA ¿Quién llega?

LORENZO Señora...

BASANIO ¡Qué veo! ¡Mi amigo Lorenzo y Jesica!

GRACIANO ¿Cómo por aquí?

- BASANIO Es un buen amigo nuestro y compatriota.
- PORCIA Sean bien venidos a esta casa, que ya es la suya.
- LORENZO Gracias, noble señora, en mi nombre y en el de mi Jesica.
- PORCIA Que por ser vuestra, y vos amigo de mi futuro esposo, ya lo sois todos míos.
- JESICA Señora... (Todos se saludan.)
- PORCIA Hermosa joven...
- BASANIO ¿Qué buenas nuevas os han traído?
- LORENZO Esta carta, de nuestro buen amigo Antonio, dirá... (Entregándosela.)
- BASANIO ¡Letras de mi amigo! ¡Oh! no quiero abrirla sin preguntar antes cómo está.
- LORENZO En su rostro no se trasluce el sufrir de su alma.
- BASANIO ¡Qué escucho! Leamos. (Lee. Pausa.)
- PORCIA (Que forma grupo con Nerisa, Jesica y Graciano.) Noticias contiene ese escrito que hacen palidecer a Basanio. ¿Qué será? ¡Tal vez la muerte de un íntimo suyo! ¡Su palidez aumenta! (A ellos.) Permitidme. (Llegando hasta Basanio.) Basanio, soy una mitad de ti mismo. Tus alegrías y tristezas me pertenecen, y debo participar del dolor que la lectura de esa carta te causa. ¿Qué nueva contiene ese escrito?
- BASANIO Amada Porcia, ¿ves estas breves líneas? Ellas son los más grandes dolores que han ennegrecido el papel. Jamás he ocultado que mi única riqueza era solo la noble sangre que circula por mis venas, y a nadie engañé. Al tasarme en tan poco diciendo que nada poseía, hubiera debido decir que menos que nada era lo mío, puesto que obligado estoy a un fiel amigo, Antonio, el cual, para atender a mis necesidades, hice que pidiera dinero prestado a su encarnizado enemigo el judío Silok. El plazo del préstamo

ha vencido, los buques de Antonio han naufragado, y...

GRACIANO Aunque Antonio tuviera suficiente dinero para pagar, Silok se negaría a recibir la cantidad, pues él lo que exige es... la pena del incumplimiento del contrato. Gran número de comerciantes, el mismo Dux, han intentado en vano convencer al judío. Su odio no tiene límites: no reconoce más que tres cosas: lo convenido, la justicia, y su recibo.

PORCIA ¿Y qué pena es esa que tanto pavor causa?

GRACIANO ¡Cortar una libra de carne del cuerpo de Antonio!

PORCIA ¡Es posible!

NERISA ¡Qué horror!

JESICA Cuando vivía con mi padre, puesto que mi padre es Silok, cien veces le oí decir a su compatriota Tubal, que al dinero prestado prefería veinte veces la carne de Antonio.

PORCIA ¿Y dices que es tu mejor amigo el que se encuentra en tan terrible conflicto?

BASANIO El mejor de mis amigos y de los hombres, el más generoso de los corazones.

PORCIA Léeme la carta.

BASANIO (Lee:) «Amigo Basanio: Se han perdido todos mis buques; mis acreedores están desesperados. He faltado al contrato firmado al judío, y preciso es satisfacer su capricho. Quedaré satisfecho si antes de morir podemos vernos. Con todo, si el corazón no te induce a venir, no tomes esta carta como cosa obligatoria. Tuyo siempre, Antonio.»

PORCIA ¿Cuánto se debe al judío?

BASANIO Tres mil ducados.

PORCIA ¿Nada más? Pues démosle seis mil, doce mil, lo que quiera, antes que consentir que toque uno solo de los cabellos de Antonio.

JESICA
PORCIA

No querrá.
El dinero le hará cambiar de idea. Basanio, dame el brazo; vamos a la iglesia para obtener el título de esposos y parte inmediatamente para Venecia. Llevarás contigo todo el oro que sea preciso para apagar la sed del judío Silok y salvar la vida de tu amigo. En tanto esperamos tu vuelta, Nerisa y yo viviremos como solteras, mejor dicho, como viudas. Muestra tu rostro risueño a todos tus amigos. Basanio, caro me cuestas y caro quiero amarte. Vamos al templo.

BASANIO

¡Adorada Porcia, me devuelves la vida! Ansío partir pronto para que más prontamente pueda verme entre tus brazos de desposada.

PORCIA

Ellos no se abrirán hasta tu vuelta cual alas de inmensa felicidad. (Vanse todos.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de calle del primer cuadro del segundo acto.

ESCENA PRIMERA

SILOK. En seguida TUBAL, saliendo de su casa.

SILOK ; Cuánto tarda Tubal, sabiendo que la impaciencia me devora! Verdad es que su trabajo de indagación no es cosa fácil, pues todos recelan de nuestra raza. Solo cuando han de regocijarse dándonos malas noticias es cuando son lengua-races. (Paseándose inquieto.) Hoy las espero buenas y malas. ; Mi hija! ; Ah, qué mala hija! ; Huir de casa!... ; Saquearme! (Pausa.) ; Antonio! ; Buena presa, buena! Por fin me vengaré cumplidamente de todos sus ultrajes. ; Qué satisfacción, qué satisfacción más grande! ; Ah! aquí llega Tubal.

TUBAL Sí, aquí llego cargado con el saco de las ansiadas noticias.

SILOK ¿Qué se dice por el Rialto?

TUBAL ¿Quieres saber lo bueno o lo malo?

SILOK Todo, todo lo que sea.

TUBAL Principiando por...

SILOK Por lo malo, para consolarme después con lo bueno.

TUBAL Pues bien, tu hija...

SILOK ¿Qué se sabe de mi hija?

TUBAL Nadie ignora su fuga, y se sabe además

quién es el sastre que confeccionó las alas para volar el pájaro de la jaula.

SILOK

¡Ah, maldita, maldita!

TUBAL

El pájaro no estaba desplumado: tenía buenas plumas para volar fuera del nido.

SILOK

Por eso está condenada. ¡Rebelarse mi propia carne, mi propia sangre!

TUBAL

¿Pero es mucho lo que ha desaparecido con ella?

SILOK

Mucho, sí, mucho. En primer lugar, un grueso diamante que había dado por él en Francfort, y como cosa de ganga, dos mil ducados. Unos arretes de oro del más fino. Un collar de ricas perlas... y otras alhajas que de momento no acierto a recordar, pero todas ellas de mucho valor, de mucho. ¡Ah! Jamás ha descargado la maldición del cielo tan duramente sobre nuestra nación como estos días. ¡Mi hija, mi hija! Quisiera verla caer sin vida a mis pies, adornada con las joyas que me ha robado. Quisiera verla enterrada con mis ducados dentro del ataúd. ¡Ay! lo que más me duele es no poder alcanzar la satisfacción de la venganza. ¡No hay desgracia que no sé desplome sobre mi cabeza! ¡No hay suspiros dolorosos como mis suspiros! ¡No hay lágrimas amargas como mis lágrimas!

TUBAL

Para terminar diré lo que me han dicho haber visto en Génova.

SILOK

¿Qué han visto?

TUBAL

Han visto a tu hija gastar ochenta ducados en una sola noche de diversión.

SILOK

¡Ochenta ducados! ¡Ah, el corazón me traspasa con un puñal!

TUBAL

Más aun. Dícese que por un mono dió una argolla de oro y pedrería.

SILOK

¡Calla, Tubal, calla ya, que me asesinan tus nuevas! Vengan pronto las buenas noticias para mitigar todo lo posible la

· crueldad de las malas, que lo son mucho más de lo que en un principio creí. Habla, Tubal, habla.

TUBAL Las buenas para ti, malas y rematadas son para Antonio.

SILOK ¡Antonio! ¿Qué hay de Antonio? ¿Qué se dice de ese condenado?

TUBAL Dícese que el único buque en el que le quedaba la última de sus esperanzas, también ha naufragado.

SILOK ¡Ah, por fin respiro con satisfacción de respirar! ¿De modo que ya no le queda la menor esperanza de poder pagarme?

TUBAL Ni la más mínima. Pero tú tampoco puedes esperar el cobro en dinero.

SILOK Pero sí en su propia carne, según trato convenido. Ese es mi mayor deseo.

TUBAL ¿Pero de qué te servirá esa carne?

SILOK ¿De qué, dices? De cebo para los peces. Ella saciará mi venganza. Se ha reído de mis préstamos, ha hecho escarnio de mi nación, ha entorpecido siempre mis especulaciones... y todo esto ¿por qué? Porque soy judío. ¿Es que un judío no tiene ojos, manos, pies, sentidos, afectos y pasiones? ¿Su cuerpo no se nutre con iguales alimentos que los demás seres humanos? ¿No pueden herirle las mismas armas? ¿No se halla propenso a las mismas enfermedades y le pueden curar las mismas medicinas? ¿No calienta y hiela al judío, igual que al cristiano, el mismo verano y el mismo invierno? ¿No nacemos, no morimos igualmente? Cuando un judío ofende a un cristiano, ¿no se somete éste humildemente? No, el cristiano se venga. Siendo así, cuando el judío se ve ofendido, justa es la venganza por ambas partes: en el caso presente el ofendido soy yo, la venganza está de mi parte. Yo sabré vengarme cum-

plidamente. Me vengaré, no lo dudes, Tubal, me vengaré.

TUBAL
SILOK

Yo, en tu caso...

Tú, en mi caso, obrarías igual que yo; si así no lo hicieras, no serías digno de nuestra raza.

TUBAL
SILOK

Pero...

No, Tubal, no me hagas objeción ninguna; todas las que puedan hacerme serían inútiles. No hay que perder momento. Vamos a ver al magistrado. Es preciso que dé orden de apresar a Antonio. Hasta que no le vea entre rejas no estaré contento; hasta que no le vea sentenciado no viviré tranquilo. Si ese hombre deja de existir, mi comercio prosperará grandemente en Venecia. Yo te juro que si no me paga, le arrancaré el corazón.
(Vanse por la izquierda.)

ESCENA II

PORCIA, NERISA, JESICA, GRACIANO y LORENZO por la derecha.

JESICA ¿Veis, señora? El más alto de los dos: aquel es.

PORCIA ¿Aquel es vuestro padre?

GRACIANO Sí, aquel es Silok.

PORCIA No le veo más que la espalda, pero advino su rostro.

LORENZO Señora, aunque delante de vos sea, preciso es que diga que con este fatigoso viaje nos dais pruebas de haberos formado una idea justa y noble de la santa amistad que une a Antonio con vuestro adorado esposo. Podéis estar bien orgullosa de vuestro proceder en todo y el éxito más feliz espero que coronará vuestra obra.

PORCIA Jamás me he arrepentido de una buena acción. La amistad es para mí la joya

que de más valía puede existir en el mundo. No conozco a Antonio más que de nombre, pero la amistad que le une a mi esposo me obliga a su salvación por todos los medios imaginables. Me he jurado arrancarlo de las garras del judío, y le arrancaré o pereceré en la lucha. Vosotros tenéis que ayudarme en mucho, pues vuestro apoyo me es de todo punto preciso.

LORENZO Mandad sin la menor vacilación. A todo estamos dispuestos.

JESICA A todo.

PORCIA Gracias, mis buenos amigos.

NERISA Por lo que a mí se refiere, inútil es repetir que sólo espero vuestros mandatos para ponerlos en práctica.

PORCIA Así lo creo. Mi plan es algo diabólico, pero creo triunfar en él.

GRACIANO Si hay riesgo en su desarrollo, solicito para mí el lugar de más peligro.

PORCIA No, peligro no le hay; riesgo sí que existe en cierto modo. Pero la conferencia que en Padua he tenido con mi tío, el viejo y sabio jurisconsulto doctor Belario, me da ánimo para ganar la partida. Lo que debe procurarse ante todo, es que mi esposo no me vea en el tribunal. Procurad por todos los medios alejarlo de allí, pues seguro es que allí estará.

GRACIANO Comprendido.

JESICA (Mirando por la derecha.) Aquí vuelve mi padre con unos guardias que conducen a Antonio como apresado.

PORCIA Retirémonos, que no nos conviene ser vistos de nadie, y mucho menos de ellos. (Vanse por el lado opuesto.)

ESCENA III

SILOK, TUBAL, y ANTONIO, entre cuatro guardias.

SILOK Aquí en mi casa lo creo más seguro que en ninguna parte. Dos guardias os quedaréis a la puerta, y los otros dos dentro de la casa. Seréis relevados cada tres horas durante el día y cada dos por la noche. Pero con vuestra cabeza me respondéis del preso.

ANTONIO Inútil es que emplees tanto rigor, pues no pienso escapar, ni aun cuando escapar pudiera.

SILOK Eso es bueno para decir, pero...

ANTONIO Pero tú no lo puedes comprender, ¿verdad?

SILOK Yo lo que comprendo es que te tengo en mi poder y no te suelto por todo el oro del mundo.

ANTONIO ¿Tanto valgo para que así me cotices?

SILOK No lo sabes tú bien. No puedes calcular la presa que para mí representas. Míralo, Tubal, míralo bien. Este es el imbécil que prestaba sin interés. El que se mofaba de nosotros...

ANTONIO Atiende, Silok...

SILOK No atiende más que al contrato. Quiero que se cumpla en todos sus puntos, y se cumplirá. En otro tiempo me escarnecías y me llamabas perro judío... ¡Perro judío!... Pues si perro soy, guárdate de mis dientes. No soltaré mi presa con facilidad, no. El Dux hará cumplida justicia.

ANTONIO Pero, escucha...

SILOK Nada escucho que no sea el cumplimiento de lo estipulado. Lo quiero, e inútil es todo razonamiento en contra de mi idea. Nada, nada: por más que se me diga, nadie conseguirá convertirme en

uno de esos imbéciles de corazón de cera y ojos llorosos que delante de un cristiano se doblaga como débil arbolillo a impulsos de la más ligera brisa. Mi cuerpo es de roble y mi corazón es de bronce.

TUBAL

Calma, Silok, calma.

SILOK

¿Calma dices, Tubal? Si estoy tranquilo. Completamente tranquilo. Sin un grado de fiebre. Púlsame y verás si me hallo en mi estado normal.

ANTONIO

¡Eres el perro de presa más feroz que he conocido entre los hombres de tu raza! Quieres mi vida, y no se me oculta la razón del por qué la quieres. He arrancado de tus colmillos tantos infelices deudores, que justo es que yo pague por todos, ¿no es eso?

SILOK

Eso es, y mucho más.

ANTONIO

Venga ese *mucho más*, y sea lo que Dios quiera. Dispuesto estoy a pagar mi deuda. Lo único que deseo y pido al cielo, es que mi amigo Basanio pueda venir a ver como cumple la verdadera amistad. Guardas, llevadme a mi encierro.

SILOK

Guardias, no le perdais de vista. (Entran en la casa.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Sala del Tribunal en Venecia.

ESCENA PRIMERA

El DUX, los MAGISTRADOS, BASANIO; ANTONIO, entre dos guardias; SILOK y TUBAL en el lado opuesto.

- DUX Basanio, decías que...
- BASANIO Que en vez de pagar tres mil ducados, ofrezco seis mil.
- DUX ¿Qué dices tú a esto, Silok?
- SILOK Digo, que aun cuando cada uno de esos seis mil se pudiera dividir en seis partes y cada una de ellas fuera un ducado, tampoco aceptaría.
- DUX Es decir que...
- SILOK Que continúo solicitando la pena establecida en el contrato.
- DUX Silok, la voz general da en decir, y yo soy de su parecer, que quieres representar hasta el último momento el papel de hombre sin entrañas, para mostrar después mayor clemencia de la que se te implora, perdonando, no sólo la libra de carne, a la que te da derecho el contrato, sino a la mitad de la deuda de la cual responde el infeliz mercader Antonio en aras de la amistad que le une con Basanio.
- SILOK No habiendo pagado el uno, justo es que me cobre en el otro que por él respondió.
- DUX Justo también es que toda humana criatura obre a impulsos de su corazón, y tú intentas sofocar los latidos del tuyo, pues quieres aparentar malo siendo bueno. Sí, tú apartas la vista de ese desgra-

ciado para no vender barato tu perdón. Míralo frente a frente y cederás más pronto, que humano eres, y a compasión debe moverte las pérdidas sufridas en el mar que ha arruinado totalmente a tu colega Antonio.

SILOK No he ocultado a nadie, ni mucho menos ocultar debo a Vuestra Gracia, cuales son mis intenciones en el cumplimiento y contrato de este negocio que nos ocupa. He jurado y sigo jurando por el santo día del sábado, que exigiría en todos sus puntos el cumplimiento del convenio firmado voluntariosamente. Si aquí se me niega tan sagrado derecho, desgraciados se vean por un siempre más la constitución y las libertades de vuestra República. Se me preguntará quizás con extrañeza porque prefiero una libra de carne a unas talegas llenas de ducados. A esto responderé que cada mortal tiene sus caprichos, y que éste es el mío. ¿Esto no es contestar? Pues contestar puedo que a nadie le importa nada el que yo por una libra de carne viva deje muerta una deuda de tres mil ducados.

BASANIO Bárbara es esta contestación en todos sus conceptos y en cada una de sus palabras.

SILOK Será lo que sea, pero yo no he prometido dar una contestación a vuestro gusto. Odio a Antonio y eso es todo.

BASANIO ¿Deben los hombres dictar sentencia de muerte a todo ser que no se ama?

SILOK Una cosa es no amar, y otra bien distinta odiarse.

BASANIO El odio será el tuyo, no el mío, puesto que ofrezco triplicar la cantidad marcada en el contrato.

SILOK Si no se cumplió a su debido tiempo, ¿cómo queréis que acepte lo que fuera objeto de remarcable usura?

- BASANIO ¡ Muy honrados nos hemos vuelto a última hora, Silok !
- SILOK Siempre lo he sido en todos mis actos, cumpliendo cuanto he firmado.
- BASANIO Cumplir quiero con creces lo que por mí se firmó.
- SILOK Cobrar quiero yo lo firmado y nada más. Esa libra de carne que he comprado a buen precio, me pertenece y la quiero sin que falte de ella un adarme. Y si el Tribunal me la niega, caiga el baldón sobre vuestras leyes. A partir de este momento los decretos del Senado de Venecia no tendrán ya fuerza ninguna. Para que así no sea, creo que se hará justicia. ¿Verdad que debe hacerse justicia, Dux de Venecia?
- DUX Os he dejado hablar a unos y a otros para ver si se conmovía vuestro corazón. No se ha logrado y lo siento. Si el sabio jurisconsulto Belario, a quien he mandado venir de Padua para resolver esta cuestión, no ha llegado hoy a Venecia, tengo derecho para aplazar la vista.
- SILOK Yo creía que todo estaba previsto para la rápida terminación de este proceso.
- DUX Terminado estaría ya si todos los hombres tuviesen corazón.
- SILOK Yo solo pido justicia.
- DUX Justicia se otorgará.

ESCENA II

Los mismos, un UJIER. Después NERISA vestida de pasante de abogado.

- UJIER Monseñor, un mensajero acaba de llegar de Padua con cartas del doctor Belario.
- DUX Que pase al momento.
- BASANIO ¡ Animo, Antonio, amigo del alma ! El judío se podrá llevar una montaña de oro, pero no podrá obtener una sola gota de tu sangre.

- ANTONIO Suceda lo que suceda no se me verá exhalar una sola queja.
- BASANIO Animo, repito. Yo me retiro para practicar nuevas diligencias en nuestro beneficio. (Vase por la derecha, al mismo tiempo que por la izquierda aparece Nerisa.)
- DUX Emisario, ¿decís que llegais de Padua, de parte del doctor Belario?
- NERISA De su parte vengo, monseñor, y él saluda a Vuestra Gracia. (Entrega pliegos que el Dux lee.)
- ANTONIO Judío, ¿por qué tan cuidadosamente afilas tu daga?
- SILOK Para cobrar lo que se me debe.
- ANTONIO No afiles la hoja en la suela de tu zapato, sino en la piedra de tu alma, que en su dureza más filo sacará al compás de tu odio.
- SILOK Quizás no te falte razón, pero bien está así. (Continúa afilando.)
- ANTONIO ¿Ninguna súplica puede enternecerte?
- SILOK Nadie tiene suficiente talento para imaginarla.
- DUX (Que ha terminado de leer.) En esta carta se me recomienda encarecidamente a un joven doctor en derecho, y en estos pliegos se le otorgan plenos poderes en representación del sabio doctor Belario para que obre a rigor de toda justicia. ¿Dónde se halla ese joven jurisconsulto?
- NERISA En la antesala aguarda que os dignéis admitirle en audiencia.
- DUX Salgan a recibirle dos jueces y cuatro ujieres, y que acompañado sea hasta aquí con toda suerte de atenciones. (Dos jueces y cuatro ujieres van a recibirlo.) Escuchad lo que me dice en su carta el eminente jurisconsulto Belario: (Lee.) «Recibo la carta de vuestra señoría, hallándome enfermo y en cama, viéndome privado de tomar parte personalmente en el proceso que se va a debatir. En mi total repre-

sentación os envío a un joven doctor de Roma llamado Baltasar; lleva todas mis instrucciones, y seguro estoy de que me reemplazará dignamente y aun con mayor mérito en todo al lado de Vuestra Gracia. Le recomiendo a vuestra nunca desmentida benevolencia, pero la prueba de su talento os harán juzgar de su preclaro conocimiento mucho mejor que mi recomendación.»

SILOK Venga ese sabio doctor y hágaseme justicia.

DUX Aquí llega ya.

ESCENA III

Los mismos y PORCIA, con traje de doctor en derecho, acompañada de los dos jueces y cuatro ujieres. Tras ella GRACIANO, NERISA y LORENZO, que se colocan en el lado opuesto de Silok.

DUX Dadme la mano y otorgadme un abrazo en nombre del anciano Belario, ya que de su parte venís.

PORCIA Sí, monseñor. De su parte y representación vengo. (Se abrazan.)

DUX Seais bien venido, y tomad asiento en su propio escaño.

PORCIA Con vuestra licencia. (Se sienta; Nerisa, a su espalda.)

DUX ¿Conocéis en todos sus puntos la causa que ha de fallar en esta vista el tribunal?

PORCIA La conozco en todas sus partes. ¿Quién es el mercader?

DUX Antonio. Vedlo allí.

PORCIA ¿Quién es el judío?

DUX Miradlo. (Señalándolo.)

PORCIA ¿Sois Silok?

SILOK Así me llamo.

PORCIA El proceso que seguís es de índole verdaderamente extraordinaria, pero así y todo, las leyes de Venecia no pueden desechar vuestra demanda, pues estáis en vuestro derecho. (Leves murmullos en to-

dos.) Vos, Antonio, os véis expuesto a ser víctima de este proceso, ¿no es cierto?

ANTONIO El judío así lo dice.

PORCIA ¿Reconocéis, pues, la escritura firmada?

ANTONIO Nunca la he negado, la reconozco.

PORCIA Siendo así, preciso es que Silok se muestre clemente.

SILOK ¡Clemente! ¿Quién puede obligarme a ello?

PORCIA La clemencia debe ser espontánea, la clemencia es el suave rocío del cielo que cae sobre la planta doblemente benéfica. Es el más elevado poder de la potestad soberana, mantiene mejor al monarca en el trono que su misma corona de oro. Un cetro no es más que el emblema del poder temporal y el atributo de la veneración y la majestad; en una palabra, es lo que hace temibles a los reyes. La clemencia está muchísimo más elevada que la rígida autoridad del cetro y la corona, tiene su trono de diamantes de mil facetas en el corazón de los reyes, y es uno de los más bellos atributos de la divinidad. El poder terrenal que más se asimila al de Dios, es la justicia, templada por la clemencia. Recapacita, judío, mis palabras inspiradas en las más humanas leyes, y piensa que aun cuando la justicia sea el argumento de que te vales en estos momentos, si solo alcanzásemos justicia en la tierra, no habría salvación ninguna para todos nosotros en el cielo. Oremos para alcanzar la divina misericordia, y estas nuestras oraciones nos enseñarán que debemos también realizar obras de misericordia en justa compensación. (Pausa corta.) Judío Silok, me he extendido tanto sobre este punto de humanidad con la intención de inducirte a moderar la rigurosa justicia de tus pretensiones en esta causa; mas si en ello continúas

- insistiendo, el tribunal de Venecia se verá obligado a sentenciar sobre el infeliz mercader Antonio. Tú tienes la palabra.
- SILOK Mi palabra es la de siempre. Caigan sobre mi cabeza todas mis acciones. Lo que reclamo es de ley : la pena y el total cumplimiento del contrato.
- PORCIA ¿No se te puede pagar lo que se te debe?
- GRACIANO Yo ofrezco delante del tribunal satisfacer doble suma.
- SILOK No.
- GRACIANO La triplico.
- SILOK No. Ya se me ha hecho esa propuesta.
- GRACIANO Si no lo crees suficiente, la doblo hasta diez veces, bajo pena de perder las manos y las piernas si no cumplo lo prometido en el espacio de una hora.
- SILOK No, no, y mil veces no.
- PORCIA Si al interesado no le place acceder a estas condiciones, ningún poder de Venecia puede violar un decreto vigente. La imposición de acceder por dinero sería sentar un mal precedente que daría origen a mil abusos en el Estado.
- SILOK ¡Oh, joven y sabio juez ! Tú eres digno de todos mis respetos.
- PORCIA Mostradme ese convenio.
- SILOK Aquí lo tenéis. Vedlo, eminente doctor, vedlo. (Se lo entrega.)
- DUX Silok, te ofrecen diez veces la suma prestada. ¿No accedes voluntariamente?
- SILOK He jurado por el cielo. ¿Puedo ser perjuro? No, no, ni por todas las riquezas de Venecia.
- PORCIA Aquí terminan las súplicas. El plazo del contrato ha vencido, y el judío Silok está en su derecho reclamando una libra de carne que cortará cerca del corazón de Antonio. ¿No es ese tu deseo?
- SILOK Ese es. Sois un digno juez. Conocéis la ley en todo su rigor de cumplimiento. Habéis expuesto la cuestión con suma sa-

biduría ; ello prueba vuestra pericia de hombre de leyes. Inútil será que nadie más tome la palabra intentando hacerme cambiar de resolución ; no existe lengua humana para ello. Lo escrito escrito está.

ANTONIO

Suplico al Tribunal dicte sentencia sin más demora.

PORCIA

Sea, y en tal caso será preciso prepararos para recibir el acero del judío en vuestro seno.

SILOK

¡ Noble joven ! ¡ Recto juez ! ¡ Magistrado virtuoso !

PORCIA

Antonio, descubrid vuestro pecho.

SILOK

Eso es, eso es... El contrato lo marca así ¿ verdad ? Cerca del corazón ¿ eh ?

PORCIA

Sí. ¿ Habréis traído balanzas para pesar la carne, ¿ no es así ?

SILOK

De ellas vengo prevenido. Tubal...

TUBAL

Aquí están. (Mostrándola.)

PORCIA

Mercader Antonio, ¿ tenéis algo que alegar ?

ANTONIO

Nada, señor. Solo me resta solicitar al Tribunal una gracia.

PORCIA

Sepamos cuál es, y en la benevolencia del Dux está el concederla.

ANTONIO

Que antes de morir se me concedan unos breves instantes para despedirme de mi amigo Basanio, a quien no veo en esta estancia.

DUX

Sea. Que vayan en busca de Basanio. (Dos ujieres se van.)

PORCIA

(Nerisa, trata de ocultarme a la vista de mi esposo y que Graciano y Lorenzo lo alejen de aquí lo más pronto posible.) (Nerisa va a darles el aviso, y ellos se dirigen a formar grupo con Antonio y Basanio, que aparecerá por la derecha. Nerisa vuelve al lado de Porcia, cubriéndola con su cuerpo, a la vez que de espaldas a la puerta.)

BASANIO

¡ Antonio !

ANTONIO

Basanio, no te aflija lo que me sucede por causas imprevistas. En medio de mi

- inmensa desgracia puede decirse que soy feliz, pues generalmente los que pierden su fortuna y sobreviven a su ruina ven obligados a contemplar con lágrimas en los ojos el estado presente comparativo con el esplendor del pasado. Yo me veo libre de ese dolor, y eso es lo que he de agradecer a mi destino.
- BASANIO ¿De manera que el tribunal...?
- ANTONIO El tribunal falla como debe fallar en virtud del contrato.
- BASANIO Pero ¿sin esperanza ninguna?
- ANTONIO Todas han ido palideciendo al compás de la cruel tenacidad del judío.
- GRACIANO ¡Maldito mil veces sea!
- LORENZO ¡Maldito!
- ANTONIO De todos vosotros me despido. Sé cuanto habéis intentado hacer por mí, y os lo agradezco infinito. Amigo Basanio, cuando vuelvas al lado de tu esposa háblale bien de mí después de mi muerte, y que te ame ella tanto como mujer como yo te he querido en razón de amigo del alma.
- BASANIO Mucho es el amor que profeso a mi esposa, pero con verdadera satisfacción desharía todo lo hecho para poder devolverte la vida.
- ANTONIO Imposible es lo que dices y lo que dices creo. ¡Adiós, amigo mío, adiós! Silok se impacienta por cobrar lo que suyo es, y no quiero que espere más.
- BASANIO ¡Antonio, yo no te dejo, quiero morir contigo! (Abrazándose a él.)
- LORENZO Vamos, vamos; no demos al judío motivos de júbilo con nuestro justo dolor. (Se lo llevan.)
- BASANIO Tienes razón. ¡Ay! Aquí dejo la mayor parte de mi alma. (Vanse Basanio y Lorenzo.)

ESCENA IV

Los mismos menos BASANIO y LORENZO.

DUX Continúa el juicio.

PORCIA Decíamos : Judío, te pertenece una libra de carne del mercader Antonio. El Tribunal te la concede, la ley te la da.

SILOK Gracias mil, sapientísimo juez. (Avanzando hacia él empuñando la cuchilla.) Antonio, prepárate a pagar tu deuda.

ANTONIO A ello estoy dispuesto.

PORCIA Aguarda un momento, judío, que aun no he terminado. El contrato firmado y reconocido por Antonio, te concede *una libra de carne*, sí, pero no te concede una sola gota de sangre. Toma lo que te pertenece, pero si al cortar viertes una sola gota de sangre cristiana, según las leyes de Venecia, todos tus bienes serán confiscados en beneficio del Estado. (Grandes murmullos de satisfacción.)

SILOK ¡Qué dices !

PORCIA Lo que la ley marca.

GRACIANO ¡Oh juez equitativo ! ¡ Oh juez sapientísimo ! ¡ Verdad, judío !

SILOK ¡ Eso marca la ley !

PORCIA Tú mismo puedes leer el texto. No te azores : puesto que tanta impaciencia demuestras para que se te haga justicia, justicia se hará cumplida como deseas.

GRACIANO ¡ Qué gran juez ! ¡ Qué sabio más eminente ! (Imitando el tono anterior del judío.)

SILOK Siendo así... y sólo para dar pruebas de mi clemencia, consiento en que se me pague la suma triplicada tal como se me ha ofrecido anteriormente, y que pongan en libertad al mercader.

GRACIANO Aquí va el dinero.

PORCIA Aguardad, no nos apresuremos. Se ha de hacer cumplida justicia al judío. Debe pagársele la deuda. Toma la carne que te pertenece, pero no viertas sangre ni cortes una hebra más ni menos ; de lo contrario, a más de confiscarse tus bienes, debes morir.

GRACIANO ¡ Qué gran juez !

- SILOK Pero...
- PORCIA ¡Qué esperas, judío!
- SILOK Pero... ¿eso cómo puede ser?
- PORCIA Tú lo sabrás, ya que tantas veces has dicho que te pertenecía.
- SILOK Dadme la suma sin intereses y todo queda terminado.
- PORCIA Imposible. La has rehusado en pleno tribunal, y no nos podemos separar del contrato.
- SILOK ¿No puedo conseguir ni mi capital?
- PORCIA No puedes conseguir más que lo que el contrato estipula.
- SILOK Siendo así, que el diablo le dé el recibo. No quiero más discusión y me retiro. (Arroja el cuchillo al suelo y hace ademán de retirarse.)
- PORCIA Tampoco puede ser eso. La justicia, que has reclamado, tiene otros derechos sobre ti.
- SILOK ¿Qué derechos son esos?
- PORCIA Escrito está en las leyes de Venecia que al probarse que un extranjero ha atentado más o menos directamente contra la vida de un ciudadano, han de embargársele la mitad de sus bienes para entregarlos al que pudo ser su víctima.
- SILOK ¡La mitad de los bienes!
- PORCIA Sí; y la otra mitad han de entrar en las arcas del Estado, y todos los jueces deben decretar sentencia de muerte. Tú te encuentras de lleno en la penalidad marcada, puesto que has intentado directamente contra la vida del mercader Antonio.
- SILOK ¡Pena de muerte!
- PORCIA Sólo el Dux puede salvarte la vida. Arrodíllate ante él e implora su piedad.
- GRACIANO Judío, solicita del tribunal que puedas ahorcarte tú mismo, y como sea que tus bienes pertenecen al Estado, yo encabezo una suscripción para que se te compre una buena cuerda.

- SILOK (¡ Maldito sea yo !)
- DUX Sólo para que veas la diferencia que existe entre nuestros sentimientos y los tuyos, antes de que me la pidas te perdono la vida. Te concedo todo lo que concederte puedo. En cuanto a tus bienes, una mitad pertenecen al Estado y la otra a Antonio.
- SILOK ¡ Por qué me dejáis la vida si me quitáis el dinero, que es lo que me hace vivir ! Matadme de un solo golpe y terminemos de una vez.
- PORCIA Ved que os concede la piedad de Antonio.
- GRACIANO Una cuerda gratis y nada más.
- ANTONIO Solicito al tribunal y a monseñor el Dux, que le deje la mitad de los bienes que me pertenecen ; la parte que me corresponde yo la legaré al caballero que enamoró a su hija Jesica. Para ello, dos condiciones impongo : la primera, que a su muerte legue todos sus bienes a su hija, y la segunda que el judío se haga cristiano en el término de tres días.
- DUX ¿ Acepta ?
- SILOK Acepto.
- PORCIA Escribano, preparad los pliegos que deben firmarse. Judío, ¿ estás satisfecho de la rectitud de la justicia que solicitaste ?
- SILOK Lo estoy. Pero... dejadme salir de aquí... ¡ Me ahogo ! ¡ Me siento morir !
- PORCIA Firma, y en libertad quedas. (Silok va a firmar.)
- GRACIANO Dos padrinos te acompañarán a las pilas bautismales, pero si yo fuera tu juez, doscientos te otorgaría para acompañarte a la horca.

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La misma sala del cuadro segundo del segundo acto.

ESCENA PRIMERA

PORCIA, NERISA, JESICA, GRACIANO y LORENZO.

PORCIA Afortunadamente hemos llegado antes que mi esposo, y no creo que nadie haya sospechado nada de nuestra partida ni de nuestra llegada.

NERISA Todos los criados de la casa quedaron bien instruídos para el regreso de vuestro esposo.

LORENZO Por esa parte no hay temor alguno, pues no logró veros ni un solo instante.

GRACIANO Trabajo me costó el lograrlo. El pobre estaba desesperado. Mil veces intentó entrar en la sala del tribunal, y otras tantas le impedí el paso inventando estratagemas para distraerlo. Cuando supo la sentencia del tribunal creí que se volvía loco de remate. Quería abrazar al sabio juez que libertaba de la muerte a su amigo Antonio. En aquel momento imposible me fué retenerlo un instante más; con increíble fuerza me arrojó al suelo, pasó por encima de mi cuerpo y penetró como un rayo en la sala del tribunal.

LORENZO Pero afortunadamente la señora ya había desaparecido, esquivando las felicitaciones de todos los jurados, y no logró hallaros en parte alguna.

JESICA Pero juró y rejuró no descansar un instante hasta dar con el sabio jurisconsulto Baltasar.

NERISA ¡Y qué bien estaba la señora con las togas de juez!

PORCIA No digas, que tú con las de pasante de escribano estabas bellísima, sino que lo diga tu esposo.

GRACIANO Su esposo no dice nada delante de la elocuencia de la señora y la espectación que causó al tribunal la justa interpretación de las leyes venecianas en asunto que hasta el mismo Dux creía que debía fallarse en beneficio del judío y que después tomó tan opuesto camino.

PORCIA El caso era sencillísimo, lo difícil era representar mi papel de hombre, y eso lo conseguí gracias a mi tío Belario.

GRACIANO Que mil años viva con semejantes sobrinos.

TODOS ¡Já! ¡ja! ¡ja! (Riendo.)

PORCIA Silencio. Paréceme que alguien ha llegado a la puerta del jardín. Ve a ver Nerisa. (Vase Nerisa.)

LORENZO Sin duda alguna será vuestro esposo, señora, pues la impaciencia le devorará para daros la noticia de la absolución del mercader Antonio.

PORCIA Sí, él es, recibámosle con gran reserva. Retiraos todos a ese aposento contiguo. (Señalando el de la izquierda. Vanse.)

ESCENA II

PORCIA y NERISA, anunciando a BASANIO.

NERISA Señora, vuestro esposo Besanio.

PORCIA ¡Amado esposo! (Corriendo a él y deteniendo su paso al verlo sumamente triste.) ¡Qué es esto! ¡Por qué tan tristemente llegas de Venecia! ¿Acaso tu amigo Antonio ha sido

víctima de las malas entrañas del judío?
¿No has podido lograr nada, ni aun a fuerza de dinero?

BASANIO Todo se ha logrado mucho mejor de lo que era de esperar. Antonio se halla completamente libre.

PORCIA ¡Pues siendo así!...

BASANIO Pero no he sido yo quien le ha salvado, no ha sido nuestro oro, no, que con todo el oro del mundo no hubiera cedido el judío.

PORCIA ¿Pues quién si no...?

BASANIO El talento de un joven jurisconsulto que no conozco y a quien he buscado inútilmente por toda Venecia sin que nadie sepa darme el menor indicio de su paradero.

PORCIA ¡Caso extraordinario es lo que me dices!

BASANIO Su preclaro talento ha salvado la vida de mi amigo y a mí me da la muerte no pudiendo estrecharlo entre mis brazos.

PORCIA ¿Y tu amigo Antonio, tampoco le conoce?

BASANIO Tampoco. Antonio se ha venido conmigo y en la antesala espera tu venia para rendirte sus respetos.

PORCIA No te detengas en su presentación, que ansiosa estoy por conocer al hombre que tan buen amigo ha demostrado serte en toda ocasión.

BASANIO Al momento. (Vase.)

PORCIA Nerisa, no descorras ese cortinón hasta que yo avise. (El de la izquierda por donde marcharon Graciano, Lorenzo y Jesica.)

ESCENA III

Los mismos, BASANIO, presentando a ANTONIO.

BASANIO Amada esposa, aquí te presento al más amigo de mis amigos, a Antonio, el llamado «Mercader de Venecia».

PORCIA Sed bien venido a mi casa, que ya lo es vuestra, pues los amigos de mi esposo lo son míos, y mucho más el que expuso su vida en aras de la amistad.

ANTONIO ¡Gran Dios!

PORCIA ¿Qué tenéis?

BASANIO ¿Qué te sucede?

ANTONIO ¿Tenéis algún hermano, señora?

PORCIA Ninguno tengo, caballero.

ANTONIO ¡Pues entonces, cómo es posible un parecido semejante!

PORCIA ¡Parecido decís! ¿Qué parecido es ese?

ANTONIO No, no; no hay tal parecido, sino exactitud. Señora, vos me habéis salvado la vida. Vos sois... el sabio juez del tribunal de Venecia.

BASANIO ¿Qué dices, Antonio?

PORCIA ¿Os habéis vuelto loco, amigo mío!

ANTONIO Quizás sí.

PORCIA ¿Ello será porque debéis tener noticia de que dos de los buques que navegaban por vuestra cuenta han llegado felizmente?

ANTONIO Ignoro la suerte de mis buques. Poco me importan ellos al reconocer en vos al célebre abogado a quien debo la vida.

PORCIA Nada me debéis por cierto. Las noticias de que vuestros buques os doy, las sabía desde ayer, pero las he callado a todos para daros esta alegría en el momento de esta vuestra visita, que a decir verdad, esperaba de un momento a otro.

ANTONIO Continúo en mi estado de locura, y a la razón no quiero volver para seguir en ella y en la creencia de que vos, señora, sois...

PORCIA ¿El abogadillo que hizo justicia en el tribunal de Venecia?

ANTONIO El mismo. Y si loco estoy, la razón no quiero para seguir en mi creencia.

PORCIA Seguid en ella, y dad las gracias a todos vuestros amigos que han prestado su ayuda para salir triunfante en la empresa de

salvar la vida del gran amigo de mi esposo que la suya le debía. (Hace seña a Nerisa para que descorra el cortinón, y aparecen todos los que estaban ocultos.)

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos, GRACIANO, LORENZO y JESICA, que corren a abrazar a Antonio.

ANTONIO ¡ Amigos míos !

GRACIANO En tus brazos. De momento aprieta fuerte. Después vendrán todas las aclaraciones que quieras y las que Basanio le sean precisas para salir de su sorpresa al saber que su esposa Porcia ha sido durante unas horas el célebre juez del tribunal.

BASANIO ¡ Tú ! ¡ Es posible !

PORCIA Sí, yo. He querido y he logrado probar la fuerza del amor entre marido y mujer. (Abrazándose con Basanio.) Salvando la vida de Antonio he salvado la de mi esposo, pues deber era el dar la suya por *El mercader de Venecia*.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

ACLARACION

Corta aparece esta nueva edición de *El mercader de Venecia* en vista a otras en las que solamente se traduce la obra siguiendo palabra por palabra el original, pasando escenas, cuadros y actos como antiguamente se representaban, esto es, saltando de un bosque a un salón y del salón a una calle, a todo foro, haciendo así viajar la imaginación del espectador sin necesidad ninguna.

Mucho más que traducir he tratado de teatralizar la obra haciendo factible su representación suprimiendo cuadros unas veces, y bifurcando otros por no creer preciso tanto saltar del lugar de acción para volver, a las pocas escenas, al mismo punto de partida.

Antiguamente, en época que el teatro, por toda decoración tenía unos cortinajes y a cada cuadro aparecía un letrero diciendo *Bosque, Salón, Calle, Mar*, etcétera, bueno era, bien estaban treinta cuadros en una obra. Pero hoy el teatro no se comprende así, y en ello me apoyo para suprimir cuadros y más cuadros que estorbaban el curso de la representación.

Personajes también he suprimido algunos, que más bien que aclarar, enturbiaban su acción capital, pues mi intención ha sido hacer la obra viable para su representación al uso del día.

Del cuarto acto, o sea el del tribunal, he ausentado todo lo posible el personaje *Basanio*, pues no he acertado a comprender cómo podía admitirse, hoy día, la inverosimilitud de que *Porcia*, por el mero hecho de presentarse vestida de hombre, no fuese

conocida a primera vista de su esposo Basanio en sus largas peroraciones actuando de juez en el tribunal.

El acto quinto, que es el más corto de todos ellos, lo es en razón de haber suprimido la inocente trama ocasionada por la entrega de dos anillos en situación inverosímil de no conocerse los personajes, como he dejado expuesto anteriormente.

Estas supresiones de acción inocente e innecesaria han hecho corta la obra, que bien se hubiera podido alargar con repeticiones de conceptos que he creído innecesarios de todo punto, pues mi idea ha sido en la totalidad de la obra, hacerla fácil de representación desde su principio, por eso escribo en la portada *arreglo escénico*.

Si mi atrevimiento merece censura, discúlpenme en gracia a la buena intención que ha movido mi pluma admirando a Shakespeare en esta su gran concepción dramática de *El mercader de Venecia*.

L. M.

Noviembre, 1915.

Precio: DOS pesetas